



HAL
open science

Santiago Apóstol en la intimidad del santiaguero

Olga Portuondo Zúñiga

► **To cite this version:**

Olga Portuondo Zúñiga. Santiago Apóstol en la intimidad del santiaguero. XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles: congreso internacional, Sep 2010, Santiago de Compostela, España. pp.852-865. halshs-00530551

HAL Id: halshs-00530551

<https://shs.hal.science/halshs-00530551>

Submitted on 29 Oct 2010

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

SANTIAGO APÓSTOL EN LA INTIMIDAD DEL SANTIAGUERO

Olga Portuondo Zúñiga
Universidad de Oriente
Cuba

A la memoria de un santiaguero llamado Santiago

La relación entre el apóstol Santiago (el Mayor) y Santiago de Cuba remonta hasta el ya casi milenio de su fundación; y en el día de hoy, la ciudad está orgullosa de su nombre y de su patronazgo. La tradición engarza las cuentas de una historia común, sin que implique una plena identificación espiritual inicial, ni la inexistencia de escollos a salvar para que la comunidad asumiera como honra y nobleza su cualidad santiaguera.

Santiago apóstol encarna a España y une América bajo el imperio ultramarino y la catolicidad. Santiago de Cuba, será la segunda ciudad en América bautizada con este nombre, Santiago de los Caballeros en La Española, le precedió en el Caribe. Este patronímico, que ostentan muchas ciudades del Nuevo Mundo representa el sello indiscutible de la unidad hispana, forjada con la llegada del conquistador peninsular, y la búsqueda perpetua por reafirmar la singular herencia.

Santiago apóstol, conquistador y colonizador español

Cuando Diego Velázquez llegó a la bien protegida bahía del sudeste de la isla Fernandina para radicar allí una villa, que además fungiera como capital de su tenencia de gobierno, parece que ya a su puerto se le reconocía con el nombre de Santiago; lo cierto es, que así también denominaría en julio-agosto de 1515 al núcleo de población que fundó, inspirado en la

orden de este nombre a la que pertenecía su Majestad católica Fernando I, también por la popularidad que el patrono español adquirió durante la larga y dura empresa de la Reconquista. El propio Diego Velázquez, había sido bautizado con una de las maneras de designarlo y sentía especial devoción por el santo, tal y como haría saber en su testamento.⁵

Santiago Matamoros fue la representación religiosa preferida de los primeros ocupantes del Nuevo Mundo, porque la conquista de América, para los ojos de los castellanos, era la continuación de aquella otra lucha contra los herejes de la península: Santiago el guerrero, el del blanco corcel y arma en ristre para el combate por la cristiandad.

Esta imagen deja su impronta a inicios de la conquista de Cuba, y la mejor manera de corroborarlo es mediante el estudio de composición de los primeros escudos de armas concedidos por la corona a la Isla y a la ciudad-capital de Santiago de Cuba.⁶ Ellos también expresan la otra cara de la presencia hispana en el Nuevo Mundo, el carácter fundacional y colonizador asumidos por el apóstol y la huella primigenia de la cultura peninsular.

La Real Cédula de 28 de abril de 1522 otorgó a Santiago de Cuba el título de Ciudad y la condición de sede del obispado de la isla de Cuba. Santiago fue también patrono del pueblo erigido en la inmediatez del cerro de Cardenillo (cercano a Santiago de Cuba) y que tuvo por nombre Santiago del Prado.

La colonización española tuvo como reacción las agresiones constantes de las otras naciones europeas sobre sus emplazamientos en el Caribe; sus pobladores tendrán que enfrentarse a corsarios, piratas y filibusteros. Se convocaba a la unidad para combatir con el grito que llamaba al santo patrón. En temprana fecha de 1604, el obispo fray Juan de las Cabezas Altamirano era prendido como rehén por el capitán francés Ferrer o Girón para exigir su rescate. Armados con sus instrumentos de trabajo, los pobladores españoles, indios y negros de la región oriental de la isla de Cuba vencieron y lograron libertar al obispo, luego que el alcalde bayamés Gregorio Ramos los llamara a la lucha: «El dicho alcalde dio el *santiago* y salio a ellos se dio la batalla y mataron al capitán [...]»⁷

Silvestre de Balboa en su *Espejo de Paciencia*, inspirado en estos hechos, pone en boca de los pobladores el grito de guerra: *¡Santiago, cierra España!*,⁸ heredado de las luchas contra los moros, y cuyo significado, al

5. Hortensia Pichardo: *Documentos para la Historia de Cuba*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 76-82.

6. Emilio Bacardí: *Crónicas de Santiago de Cuba*, Tipografía Arroyo Hermanos, Santiago de Cuba, 1925. t. I y II.

7. AGI. *Santo Domingo*, leg. 152, Santiago de Cuba, 23 de febrero de 1605.

8. Silvestre de Balboa: *Espejo de Paciencia*, Imprenta Escuela del Instituto Cívico Militar, La Habana, 1941. Vid. Pedro Agustín Morell de Santa Cruz: *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*. Imprenta Escuela del Instituto Cívico Militar, La Habana, 1941.

plasmarse en el primer poema épico de la isla de Cuba, vale para poner en evidencia la identificación de intereses, en aquellos primeros siglos, entre la Corona y su Imperio Ultramarino.

Por Real Cédula de 1607, Santiago de Cuba se convirtió en centro del recién creado Departamento Oriental y La Habana pasaba a ser la capital designada para la isla de Cuba. Muchos de sus gobernadores y capitanes a guerra fueron caballeros de la Orden de Santiago, como otros americanos notables de los siglos XVII y XVIII. Es de suponer que esta sea una de las razones por la cual, en los papeles de inventario de ornamentos de comienzos del siglo XIX del archivo del Museo Archidiocesano de la catedral santiaguera, aparezcan cinco cruces de oro insignias de la orden de Santiago.⁹

Pero la devoción a Santiago apóstol era algo que no calaba hondo en el espíritu criollo, precisamente por el lastre que implicaba representar el puro ideal bélico hispano y porque encarnaba la imposición del conquistador y la sumisión debida.

En los comienzos del siglo XVII, el Cabildo eclesiástico de Santiago de Cuba se empeñó en fomentar el culto al santo Ecce Homo del que se difundieron numerosos milagros y leyendas. Entre éstas, se cuenta la historia del desembarco en 1678 de corsarios franceses en las arenas de la playa de Juraguá con el propósito de ocupar a Santiago de Cuba y la acción del loco Juan Perdomo quien les sirvió de guía y gritó ¡Santiago, España!, para provocar la confusión de los agresores que lucharon entre sí, lo que salvó a la ciudad de ser ocupada. Considerado como un hecho milagroso, gracias a la intervención del Ecce Homo, creció su fama de benevolente protectorado cuando ya en 1652 había motivado la colocación de un cuadro del Cristo Señor Nuestro a la Columna (Ecce Homo), traído desde Cartagena de Indias y obra de un artista llamado Francisco Antonio, en la puerta del sagrario del altar mayor de la Catedral.¹⁰ Ganó tal popularidad que su fiesta, el último miércoles del mes de agosto, fue organizada por ambos Cabildos durante más de un siglo.

Y es que Santiago apóstol, con toda la carga del belicoso dominador hispano, sufría el progresivo distanciamiento de los criollos, a pesar de ser también exponente del espíritu fundacional que recreó el propio obispo Diego Evelino de Compostela.

9. Archivo del Museo Archidiocesano de la Catedral de Santiago de Cuba (AMACSC) Caja 14: Inventarios, 30 de septiembre de 1795, 19 de septiembre de 1808, 9 de mayo de 1815, 20 de mayo de 1824, 17 de noviembre de 1827 y 3 de junio de 1829.

10. Todavía se conserva esta imagen en el Museo Archidiocesano de la Catedral de Santiago de Cuba. Morell de Santa Cruz: *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, pp. 269-70.

Santiago: binomio de sumisión colonial y jolgorio popular

La fiesta del patrono de la ciudad se conmemoraba cada 25 de julio, desde sus propios comienzos, auspiciada por el Cabildo secular. La ceremonia oficial tenía su punto climático en la procesión iniciada la víspera en horas de la tarde y al frente de la cual marchaba una imagen de Santiago apóstol junto al *Pendón de Castilla* portado por el alférez real y detrás y todas las autoridades civiles. Salía del Ayuntamiento y se dirigía hasta la catedral donde era recibida por una representación del cabildo eclesiástico. Luego de la ceremonia religiosa, la imagen permanecía en el templo hasta el día siguiente en que regresaba al Ayuntamiento en horas de la tarde-noche del 25 de julio. Se adornaba e iluminaban las casas del vecindario. Mientras se hallaba expuesta en la iglesia mayor, todos los pobladores iniciaban la diversión de los *mamarrachos* con comparsas donde se combinaba el baile y la música popular. Así en torno al patrono se crearon dos tradiciones, naturalmente imbricadas: una oficial, que cada año propiciaba la demostración de fidelidad de la ciudad a su metrópoli y la otra popular que alegremente manifestaba el orgullo de ser criollo santiaguero del Caribe.

De inmemorial costumbre, según razón, era la convocatoria anual, cada 25 de julio, de todas las compañías de milicias de la jurisdicción para participar en los actos del *día de Santiago apóstol, santo patrón*, también concurrían las formadas por los llamados obreros esclavos y libres del pueblo de las minas. Ambos aprovecharían la coyuntura en 1731 para sublevarse y acimarrarse, con caja y bandera, sin asistir a la fiesta, en acto de rebeldía contra los desmanes del gobernador departamental Pedro Ignacio Jiménez, por haber lesionado sus derechos naturales.¹¹ Fue ésta una de las primeras oportunidades en que los días de las fiestas dedicadas al apóstol Santiago se escogían para manifestar la rebeldía insurrecta de los oprimidos frente a los intentos de acentuar el despotismo colonial.

El Cabildo catedralicio no era el organizador de estos actos conmemorativos del día del patrón de la ciudad, se limitaba únicamente a secundar a las autoridades civiles bajo las órdenes del gobernador departamental y vicepatrono de la Iglesia, según las leyes del Patronato Regio: el apóstol Santiago era sólo el patrón del obispado y, como desde finales del siglo XVI los preladados se mantuvieron, la mayor parte del tiempo, sin ocupar la silla al conservar la residencia en La Habana –capital efectiva desde mediados del siglo XVI— su estado vacante otorgaba preeminencia

11. AGI. *Santo Domingo*, leg. 1627, 20 de abril de 1732 y leg. 451, 7 de septiembre de 1735 y Don Jacobo de la Pezuela: *Historia de la Isla de Cuba*, Carlos Bailly-Bailliere, Madrid, 1868-1878, t. II, pp. 350-355.

a los prebendados presididos por su deán en la Catedral. Para ellos la festividad religiosa de Santiago apóstol era una más entre otras.

La ciudad se llamaba Cuba y el nombre genérico con que se identificaban sus habitantes era el de cubanos casi nunca se les distinguía como santiagueros. El gobierno de la ciudad era el encargado de organizar las fiestas al patrono como exponente de la autoridad colonial y acto de sumisión de los súbditos del núcleo urbano.

Así las cosas, el siglo XVIII santiaguero se halla mejor ilustrado respecto a la festividad del patrono, a través de las Actas Capitulares seculares y eclesiásticas que aún se conservan, las que permiten arrojar mayor luz sobre la celebración. En el último cuarto del siglo XVIII, el Consistorio, que seguía organizándolas, mediante bando, desde muchos días antes, exigía el cumplimiento de aquella obligación. Por entonces, era ya tradicional la carrera entre su sede y la del cabildo eclesiástico con una imagen de Santiago apóstol encabezándola, mas parece haber perdido su lucidez.

De una u otra manera, el culto al patrono no echó las raíces necesarias ni creó la simpatía suficiente para formar la devoción religiosa popular, aunque el 25 de julio la ciudad celebraba con júbilo la identidad con su patrono.

En el devenir de los siglos, la catedral de Santiago de Cuba sufrió embates de los corsarios, de los piratas, de los filibusteros y de los terremotos. El obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, quien fuera deán de la catedral durante muchos años, después de su estancia de 1756 donó un Santiago peregrino –la imagen de bulto que hoy se halla en uno de los zócalos de la sacristía.

Al nacer en la víspera del día del santo patrono en 1725, Santiago Hechavarría y Elguezúa quedó comprometido con la tradición mediante bautizo. Era uno de los miembros de la más prominente familia patricia santiaguera y aquel niño se convertiría en el primer obispo nacido en la isla de Cuba que ejercería en su propia tierra. En la visita pastoral de 1774 a su ciudad natal, para ser investido con su jerarquía por el Cabildo, procuró acentuar la influencia jacobea en el territorio de la diócesis. Llegaría a Santiago de Cuba, en los días próximos a la fiesta patronal y correspondencia con su autoridad, tal y como lo establecían las leyes de Indias.

El Santiago apóstol que quería destacar el nuevo obispo no era el guerrero ecuestre sino el peregrino, el que encarnaba la cultura hispana vista desde su condición de patricio, para lo cual recomendó: evangelizar a los negros, no fomentar disputas eclesiásticas en el púlpito, luchar contra el vicio del contrabando. La obra más importante del obispo criollo fue la fundación del seminario San Carlos y San Ambrosio, la reorganización del

seminario santiaguero de San Basilio el Magno y la creación de estatutos para ambos en los que se percibía la retirada del escolasticismo y la formación ilustrada con aliento patriótico americano. Profundamente devoto por su extracción familiar y regional a la virgen de la Caridad –peregrino desde y hacia el santuario de El Cobre--, Santiago Hechavarría propugnaba aires de renovación inspirados en sus tradiciones criollas.

Santiago: arraigo de sus festividades y símbolo de su españolidad

Poco duraron las fábricas de la Catedral, pues las paredes y torres sufrieron sensiblemente por el terremoto de 1766. En la década de los años 70 la envergadura de las funciones religiosas se vio afectada por el aspecto ruinoso del edificio y la disminución de las rentas decimales, luego de la división del gobierno eclesiástico y la formación de la diócesis habanera en 1787. No fue hasta los inicios del siguiente siglo que se dio impulso a la reconstrucción de una Iglesia acorde con su nuevo rango, particularmente luego de su designación como archidiócesis bajo los auspicios de Joaquín de Osés Alzúa y Cooperacio.

Era natural que aquellas devociones puramente agrarias como la de San Isidro, San Antonio de Padua o San Juan Crisóstomo cedieran su puesto a la representación propiamente urbana de Santiago apóstol; pero la festividad de los mamarrachos en el día del patrono Santiago tomó cada vez mayor importancia entre los estratos menos favorecidos de la población con el auge creciente del núcleo urbano desde fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX.

Ante el paso arrollador de la revolución haitiana en el Caribe y por el estado de rebeldía de los cobreros desde 1781 a causa de los intentos por esclavizarlos y violar sus intereses, el gobernador Juan Bautista Vaillant optó por suspender los mamarrachos durante los días de San Juan, San Pedro, Santiago y Santa Ana en varios de los años del 90, pero con sumo cuidado de no exaltar los ánimos por este motivo.

Desde los finales de la segunda década del siglo XIX, la catedral recuperó su papel de centro religioso de la ciudad santiaguera y se magnificó el acto gubernamental anual de trasladar la víspera una imagen del patrono junto al pendón de Castilla, para rendir honores a estos símbolos de la dominación hispana.

Se dice que los comerciantes catalanes se interesaron por levantar una estatua de Fernando VII después de su proclamación para honrar su obra en la ciudad. Se materializó esta aspiración, durante el gobierno de Francisco Illas y se escogería el 24 de julio de 1828 para colocar sobre una columna en medio de la plaza, la estatua ecuestre del rey «para eterna memoria y

en señal del acendrado amor y fidelidad que siempre le han consagrado sus habitantes», argumentaba el propio gobernador departamental.¹² La ceremonia de colocación se organizó con gran pompa y propaganda.

Habían pasado las dos primeras etapas de la proclamación de la Constitución y maduraba la identidad santiaguera cubana en oposición a la integrista. Todo hace indicar que ni siquiera los monárquicos acogieron con simpatía la estatua que representaba a Fernando VII, ordenada con tanta devoción por el gobernador Illas. Consideraban que aquella no era la mejor manera de honrarlo por la ausencia de fidelidad del modelo en madera dura respecto al original. Al año siguiente, durante los días 24 y 25 de julio, se prefirió exponer los *verdaderos* retratos de los monarcas Fernando VII y su esposa Josefa Amalia realizados por un hábil pintor de Cámara.

La estatua ecuestre del monarca fue desmontada de la columna y se olvidó. Luego de su fallecimiento, las demostraciones de fidelidad y agazajo recayeron en la regente María Cristina. De inmediato, se pensó erigir una estatua en la Plaza Mayor y las fiestas de Santa Cristina alcanzaron significado por sí mismas, con fuegos artificiales y globos aerostáticos, no por ser vísperas de las de Santiago.¹³ Apartada momentáneamente aquella estatua ecuestre de madera en una habitación del Ayuntamiento, se cumplirían los deseos de las autoridades y del pueblo, que siempre habían aspirado a una representación adecuada para la carrera del patrono, montado en su corcel blanco y con aspecto guerrero. Así se transformó la estatua de Fernando VII, en pocos años y con muy poco esfuerzo, en la de Santiago apóstol; porque en definitiva, ambos ante el criollo en la imagen representaban, la esencial autoridad colonial en el corazón de la ciudad.

Corrían los años cuarenta del siglo XIX, y mientras avanzaban, se hacía más cruda y doctrinaria la política colonial del régimen liberal monárquico metropolitano. También crecía el número de funcionarios y pequeños comerciantes, empleados de toda laya, cuyos intereses coincidían con los de la gran oligarquía comercial y con los de la oficialidad del ejército. Al mismo tiempo, se iba perfilando la conciencia nacional cubana y el gobierno colonial mostró su inseguridad, al reclamar con energía y rigor las manifestaciones de fidelidad. No es casual, que el paseo tradicional del 24 y 25 de julio, entre el Ayuntamiento y la Catedral, de la estatua de Santiago ecuestre y del Pendón de Castilla alcanzara mayores proporciones, un carácter más oficial y unos requisitos formales más estrictos; precisamente

12. Archivo Municipal de Santiago de Cuba. (AMSC) *Actas Capitulares*, No. 24, ff. 213 y 213v, 17 de julio de 1815 y No. 45, ff. 49v-51v, 14 de julio de 1828, ff. 53, 53v y 54, 28 de julio de 1828 y 4 de agosto de 1828. AMACSC. Caja No. 15, Carta de Eusebio Escudero al Muy Venerable Deán y Cabildo, 22 de julio de 1816.

13. AMSC. *Actas Capitulares*, No. 51, f. 50, 7 de julio de 1834.

cuando los sentimientos de los santiagueros se alejaban día a día de aquellos comprometimientos y sólo se cubrían las apariencias.

Cuando en 1851 Antonio María Claret y Clará se hizo cargo de la mitra santiaguera, el recién estrenado arzobispo pudo traer, entre otras donaciones, algunas imágenes del patrón de España. Es sabido que su misión dentro del territorio archidiócesano fue ordenar y adecentar la Iglesia. Venía también con el propósito de respaldar la autoridad metropolitana acorde con el cierre de filas junto del gobierno de la metrópoli y para cumplir las obligaciones del Real Patronato. No había hecho más que llegar y encargó a los empresarios italianos José Antonetti y Ángel Galerino la confección de un altar de mármol para la Catedral con la condición de que la estatua de tamaño natural de Santiago peregrino (hoy situada al costado izquierdo de la nave central, próxima al altar mayor) y el propio altar con su bajo relieve ostentando las armas jacobeanas, se hiciera según su voluntad y estricto diseño.

En tanto, desde 1848, algunos miembros de la corporación capitular secular habían manifestado la necesidad de retocar la efigie del apóstol Santiago, las andas y sus adornos ya maltratados en sus 20 años de procesiones. Algunos años después, todavía se hacía la misma petición, ahora con urgencia y para que la fiesta se celebrara con el mayor lucimiento. Algo muy diferente propuso el alférez real Andrés Duany Valiente en 1853, pues estimaba que los gastos de reparación no eran pequeños, además de que la estatua no correspondía «a la ilustración de la época» y hasta era motivo de risa. Y, aunque no es de sospechar que detrás de esta opinión se encerrara el rechazo a la sujeción colonial, resulta la opinión de un hombre culto enfrentado a una práctica de mal gusto, «que desdice de la cultura del siglo».¹⁴

En la ceremonia del 24-25 de julio, el Pendón Real pasó a desempeñar un primer papel y colocó en un segundo plano la imagen ecuestre del patrón Santiago malamente restaurada.

Dada la importancia adquirida por el día del santo patrono, su carrera se extenderá por las calles tradicionales del Corpus Christi a fines de los años 50 del siglo XIX, pero la tradición parece haber sufrido una nueva recaída, pues se argumenta que no tiene el esplendor y la solemnidad que en la década pasada, y hay indiferencia y rechazo a una función obsoleta que terminaba por convertirse en puro formulismo, cuando ya los cubanos habían decidido tomar el camino de la libertad respecto a su metrópoli.

En los años 60 los funcionarios del Ayuntamiento todavía pugnaban por mantener despierto el interés popular por la carrera de Santiago, aunque no son ya las mismas palabras las que se emplean cuando se habla de la costumbre de sacar el Pendón, no pueden eludirse expresiones de

14. AMSC. *Actas Capitulares*, No. 70, ff. 25v y 26, 25 de febrero de 1854 y f. 104v, 5 de agosto de 1854.

autoritarismo: «se practica con todas las señales de *respeto y acatamiento* que merece la Ynsignia del soberano». La escolta presentaba sus armas mientras los tambores batían la marcha real y el alférez real, por llevar el Pendón, iba cubierto, según costumbre inmemorial. Una vez más, los capitulares se quejaban de que los prebendados, aunque era tan españoles como ellos, restaban importancia a la ceremonia. Y es que, a pesar del Regio Patronato, las dignidades eclesiásticas no se sentían tan obligadas como las del gobierno propiamente dicho.

Mientras Santiago apóstol perdía protagonismo en las ceremonias oficiales de la capital colonial del Departamento Oriental, los carnavales, la fiesta popular por el día del patrono, ganaban lucidez durante los días 24, 25 y 26 de julio. Los lectores asiduos a los relatos de viajeros quedan sorprendidos con las descripciones de los mamarrachos. El florecimiento urbano había contribuido a su brillantez. Todos los estamentos y grupos sociales participaban, bien fuera en comparsas o los bailes de salón. La descripción de mano maestra del pintor inglés Walter Goodman por su colorido y sensualidad, nos traslada vívidamente ante aquel espectáculo del pueblo santiaguero:

De repente, escúchase un tamboreo profundo; un ruido de algo como grandes cencerros y sonajes, rápido, en sucesión de sonidos cortos agudos, de algo que se agita y se bate, como el entrechoque de metales y mimbres, y el que se produce al rallar o raspar algo duro contra un rallo metálico, con la variante del rasgueo ocasional de la cuerda de la bandurria, como si pretendiera poner orden entre tanta disonancia y ruido, aunque inútilmente. Algo delata que la danza ha comenzado: el movimiento de las chinelas en peculiar agitación de andar en chancleteo, y las voces que cantan sin cesar.¹⁵

Toda una eclosión popular y genuina inundaba las calles con la cultura raigal de la sociedad santiaguera, aunque siempre hubo el propósito, como se recoge en los bandos de gobierno, de neutralizar todas las manifestaciones de los mamarrachos que sobrepasaran lo consentido por la rancia sociedad colonial en cuanto a tumbas y tangos.³¹

Hippolyte Piron, *creole* francés y cubano hace constar que, al cabo de 30 años, la composición social de los carnavales había cambiado, a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX eran las clases medias y el pueblo quienes tomaban la calle para divertirse.³²

A pesar de su decadentismo, la procesión que conducía la imagen ecuestre y el Pendón, desde el Ayuntamiento hasta la catedral, continuó saliendo cada año en las décadas subsiguientes, incluso en las etapas de confrontación bélica hispano-cubanas entre 1868-1878 y 1895-1897.

15. Walter Goodman: *Un artista en Cuba*, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1986, p. 124.

La concurrencia podía ser menor, pero la grandiosidad de los actos se acrecentó. Estos cumplieron su cometido y el Ayuntamiento continuó financiándolas como fórmula esencial demostrativa de fidelidad en años en que la mayoría de los santiagueros albergaban criterios contrarios al régimen colonial.

Ya en plena efervescencia insurreccional de la Guerra de los Diez Años, el Padre de la Patria cubana Carlos Manuel de Céspedes se refería brevemente al día de Santiago, en una de las cartas a su esposa Ana de Quesada:

Muy temprano oímos los cañonazos con que los tiranos celebraban la festividad del *Santiago* en la ciudad de Cuba. La ira que ardió en nuestros pechos al escuchar esos alardes de dominación sobre el suelo cubano y los infelices esclavos que tienen aherrojados en las poblaciones, solo pudo calmarse con la idea de que aquella misma noche le daríamos la serenata con nuestros rifles en Baire Abajo que era el punto elegido para la sorpresa.¹⁶

La ceremonia había terminado por provocar una reacción contraria de repulsa en los cubanos. La estatua ecuestre del santo siguió recorriendo el espacio que media entre las sedes de los dos cuerpos capitulares, con la única alteración de que, en las postrimerías del siglo, se trasladaba a la catedral el propio día 25 de julio a las 8: 00 a.m. hasta finalizar el día, en que retornaba a las oscuras habitaciones del gobierno.¹⁷

El ayuntamiento autonomista suprimió en 1890 el presupuesto mínimo con que contaba la fiesta del día de Santiago y no se realizó el paseo acostumbrado. En un periódico *El Triunfo* de aquel año, el publicista se explayaba en justificar la indiferencia del pueblo por la fiesta de Santiago diciendo, que éstas podían ser aceptadas de buen grado por los hijos del país, si no fuera por la condición de inferioridad en que se les mantenía, «y que si celebramos las glorias peninsulares en prueba de amor á la Nación, los nacidos allende tampoco escatiman, su participación en todos los regocijos que tienden á exaltar el tributo que rendimos á nuestras glorias regionales.»¹⁸ o lo que es lo mismo, los españoles debían participar con entusiasmo en las festividades de carácter cubano, tales como la del 8 de septiembre, día de la virgen de la Caridad del Cobre. El Ayuntamiento, siguió de anfitrión: después de las 21 salvas de las baterías situadas en Punta Blanca, se inició la última función en 1897.¹⁹ El mes de

16. Instituto de Historia: *Cartas de Carlos Manuel de Céspedes a su esposa Ana de Quesada*, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, La Habana, 1964, p. 120.

17. AMACSC. Caja No. 15, 27 de julio de 1888. Joaquín Santos Ecay.

18. Nancy Pérez Rodríguez: *El carnaval santiaguero*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1988, t. I, pp. 116-117.

19. José María Ravelo: *Medallas Antiguas*, (Memorias de Santiago de Cuba). Editorial El Arte,

julio de 1898 ya no se celebraría la tradicional carrera al coincidir con los primeros momentos de la ocupación norteamericana en Santiago de Cuba y el embarque de las tropas españolas hacia la península desde su puerto.

Santiago apóstol: de su criollización e identificación con el santiaguero

El primer alcalde Emilio Bacardí y Moreau, mecenas y patriota, en el propio año de 1899 y durante la ocupación norteamericana, se interesaría por rescatar la trashumante estatua ecuestre del apóstol Santiago²⁰ que, una vez concluida la dominación de España sobre estas tierras perdía su razón de ser original, para gozar del valor que había ido conquistando la imagen del guerrero montado sobre el caballo blanco por las calles de la ciudad, los días de su onomástico en el transcurso de los siglos. Quiso Bacardí conservarla en el Museo que se había propuesto crear, convertido en santuario de cubanía. Santiago a caballo había terminado por ser un símbolo de identidad del santiaguero, por su hidalguía, por su rebeldía, por su intransigencia.

La República instaurada en 1902 heredó los carnavales de verano, con ínfulas de modernización, para encubrir prejuicios heredados de la colonia esclavista que pretendían blanquearlos. En esta oportunidad, los bandos municipales emitían disposiciones de suspensión de los tambores y tangos africanos, contra lo que ellos llamaban indecencias o disfraces miserables. Hubo algunos que hasta se preguntaron absurdos tales como: «¿Por qué no podemos hacer mascaradas cultas?»²¹

La imagen del Santiago ecuestre caló muy hondo en el acervo popular y se convirtió en un símbolo de identidad que proliferó en los carnavales y fue asumido en la intimidad de la población. Nunca como ahora Santiago apóstol será tan reconocido como el patrono. Seguramente, a muchos años remonta la costumbre de salir en los carnavales hombres disfrazados como centauros de trapos bailando al ritmo de una orquestica típica por las calles de la ciudad; en los días del onomástico del santo, siempre que Ud. se encuentra con uno y se lo pida, danza con su caballito amarrado a la cintura.

En las capas de los trajes de parranderos, todavía se suele pintar o bordar con lentejuelas y mostacillas a Santiago apóstol; o desfila, junto con las demás máscaras, una parodia de Santiago ecuestre, un conjunto de muñecos compuesto por un equino y en sus ancas un negrito harapiento

Manzanillo, 1928. pp. 114-117.

20. AMACSC. Caja No. 15. El alcalde Emilio Bacardí al Sr. D. Mariano de Juan y Gutiérrez, Dean de la Catedral, 21 de diciembre de 1898.

21. Nancy Pérez Rodríguez: *El carnaval santiaguero*, t. I, p. 209.

que fuma tabaco, tal y como puede observarse en el Museo del Carnaval de Santiago de Cuba.

En general, durante el cumpleaños del santo patrono, y en los días que le precedían y sucedían, la diversión ganaba en colorido y entusiasmo a medida que avanzaba la República. Las comparsas competían en belleza y el teatro de relaciones floreció a la par, como algo muy propio de aquellos días en que el pueblo se volcaba para gozar a sus anchas.

La iglesia católica trató de preservar el culto a Santiago el Mayor, durante los días 25 de julio de cada año, en atención a su condición de patrono de la archidiócesis y de la ciudad. En el decorado del templo mayor de la catedral, se encargó al artista dominicano Luis Desangle, pintar varios cuadros para narrar los episodios de la vida del apóstol Santiago. La escena más interesante, es aquella que reproduce la colocación de la tan conocida estatua santiaguera, sobre la columna de la Plaza Mayor de Santiago de Cuba.

Ya entonces, se hablaba en la prensa del día de Santiago, de la fiesta del patrono y proliferaron los bautizos de niños con su nombre. En los edificios de gobierno, de las instituciones culturales y hasta en las del comercio santiaguero, se colocaba el escudo de la ciudad con la imagen del santo y las dos espadas jacobeanas, o sencillamente se representaban éstas. Y aunque los duros años de crisis económica hicieron callar las comparsas, el carnaval cobraría nuevas energías en los años treinta y hasta el presente siglo.

Para el ciudadano de entonces y de ahora, Santiago es emblema de lo propio y legítimo. Una firma de cerveza empleaba el diminutivo o chiqueo de su nombre para exclamar con genuina expresión cubana: «¡Pica gallo, esto es Cuba Chaguito!»

Con los años, Santiago apóstol es parte del espíritu del santiaguero, elemento que convoca al reconocimiento de la identidad y de la unidad comunitaria, la que todos los cubanos aprecian. En medio de la festividad del santo patrono, la ciudad santiaguera estrecha su afecto y es más solidaria. No escaparía esta mentalidad colectiva, tanto en la colonia como en la república, a todo el que buscó su respaldo por el ideal de libertad.

El actor y dramaturgo Raúl Pomares en 1974 escribiría, «De cómo Santiago apóstol puso los pies en la tierra», dentro del género de relaciones, quiso representar al santiaguero en su devenir, y se valió de la imagen ecuestre de Santiago, réplica humana de la que se halla en el museo Emilio Bacardí. De esta forma, hacía un bello y entrañable homenaje a la presencia del santo en la historia de la ciudad, en la cultura popular y cotidiana del santiaguero.

Como he intentado demostrar, la identificación de Santiago apóstol con cada habitante de Santiago de Cuba viene mucho menos de la

devoción estrictamente religiosa, que de la tradición popular; a mi entender, aprehendida en las propias procesiones que cada año se desarrollaban los 25 de julio y que también constituían el marco propicio para la desbordada alegría carnavalesca de toda la población... Y ahora es también el reconocimiento mestizo, sincero y natural del santiaguero a su substancial y rica historia en la que queda incluido el auténtico legado hispano.



